

horrenda impresión que se dice; por lo menos en tanto dura el peligro. Mi batallón marchaba en columna cerrada, y los diferentes pelotones se detenían junto á la orilla de un foso para contemplar el cadáver de un soldado á quien la metralla había hecho pedazos la cabeza: mandé que le cubrieran con el lienzo de una tienda, y ninguno volvió á mirar. Lo que apenas es ver á los soldados heridos, que á fuerza de revolcarse por el suelo, y de tocarse ahora á un lado, ahora á otro, se ponen la camisa y el pantalón de tela de tal manera que no se ve un palmo blanco, todo cubierto de sangre, siendo así que las más de las veces sólo tienen una herida insignificante. Al principio nos domina hasta tal punto, hasta tal extremo nos fascina el espectáculo del campo de batalla, que ni se piensa, ni de lejos nos ocurre que podamos ser heridos, de manera que causa luego verdadera sorpresa el verlos venir en grupos, con la cabeza vendada, los brazos en cabestrillo, sostenidos por los sobacos, llevados entre cuatro, lívidos como cadáveres, cuál apretándose un costado, cuál el pecho, éste lanzando plañideros ayes, aquél quejándose amargamente; y los médicos corriendo de un lado á otro, sin saber por dónde comenzar y por quién; y después examinar las heridas, y lavarlas, y cortar, y vendar precipitadamente al uno después del otro, aprisa, corriendo, enviándolos á todos á las ambulancias, y después nuevos grupos, y otros gritos y otros lamentos... ¡Qué escenas, gran Dios! He visto un grupo de soldados en derredor de un médico que curaba á un herido que exhalaba profundos ayes. Heme acercado, y el herido estaba ya en pie. — Véte á la ambulancia, le ha dicho el médico. — Y él se ha marchado con paso lento y vacilante. — ¿Ya está curado? — pregunté. — ¿Curado? Todavía vivirá algunas horas, — me contestó el médico. Quédeme maravillado. — Excentricidades de las balas, — añadió.

»He presenciado hermosos actos de firmeza y de valor. Un tirador vino á que le extrajeran una bala de una pierna,

y volvió á unirse á su batallón que seguía peleando. Un soldado de infantería, gravemente herido, conducido por dos de sus compañeros, pálido como la muerte, casi sin vista en los ojos, sostenía aún entre los dientes una punta de cigarro, y hacía ademán de desprecio é indiferencia. Pasó junto á mi batallón; muchos se adelantaron para verle; revolvió en torno la mirada, y comprendiendo que le estaban observando, para dar mayores pruebas de su indiferencia, hizo con la boca un movimiento, á fin de asegurar mejor el cigarro que se le iba á caer.

»...Ha muerto uno de mis mejores y más queridos amigos, del cual te he hablado varias veces: un subteniente de granaderos, lombardo, joven apreciableísimo, Eduardo B. En el colegio pertenecía á mi compañía: tú has de tener una fotografía en la cual estamos retratados cuantos la formábamos: es el primero de la derecha: se halla sentado en el suelo con el cigarro entre los labios, lo recuerdo perfectamente. Ahora te diré cómo ha muerto. Su regimiento se hallaba formado delante de los cañones enemigos: estaba él sentado encima de un tambor, con la cabeza baja, y para entretenerse iba hincando la punta del sable en los terrones que tenía entre los pies. De pronto cayó de espaldas exhalando un grito: un casco de metralla le había herido en el pecho, matando al propio tiempo al caballo del teniente coronel que estaba detrás. Murió al cabo de cinco horas de terribles sufrimientos. ¡Pobre amigo mío! ¡Quién te lo hubiese dicho cuando nos preparábamos para nuestro último examen, en aquel gabinetillo del quinto piso, á la luz de la bujía, con aquellos cuadernos y aquellos libros, en aquel tiempo en que tantas esperanzas te sonreían y eras tan feliz!...»

La contestación á esta carta era del hermano menor: la madre se había acostado con calentura. — «De cuando en cuando, — decía aquél, — delira, y te llama.»

El ejército retrocedió hacia el Oglio.

«Piadena, 5 de Julio.

»...Pena causa y tristeza este continuo atravesar ciudades y aldeas, en medio de dos hileras de pueblo inmóvil, frío, mudo, que nos mira con ojos extraviados como si fuéramos un ejército desconocido. ¿Quién hay que tenga valor para mirar á esas gentes á la cara? Me parece estar leyendo en todos los semblantes: — ¡Bravo! ¡Magnífico! ¿Valía la pena de meter tanto ruido para salir al cabo con estas figuras?— Los regimientos desfilan con la cabeza baja, en silencio, de manera que semejan procesiones de frailes. Es un espectáculo que me hace daño; mi pensamiento vuela hacia tí, madre querida: tengo mucha necesidad de sentirte, de verte. Perdóname; tuviera por lo menos el consuelo de volver á casa con un brazo menos, y podría decir:— Por lo que á mí toea, he perdido un brazo.— Pero volver intacto, y bueno, y gordo y colorado como un bajá, es verdaderamente vergonzoso é insufrible. No puedes imaginar la ira que me proporciona este espejillo, que por más que sude, y trabaje y me afane, se empeña en reflejar una nueva barba que asoma debajo de la mía. ¡Odio con toda mi alma á ese insolente recién nacido que se ríe á pesar de las desventuras de la patria! Bromeo; pero es una broma que no pasa de los dientes. Marchamos bajo los rayos del sol de medio día: á ambos lados del camino, huertos, campos floridos y quintas: á través de las verjas de los jardines, distinguimos en lontananza en el fondo de los senderos, caballeros en mangas de camisa tendidos á la sombra de los emparrados, y señoritas vestidas de blanco, que corretean entre las balastradas, en medio de los pinos y de los mirlos. ¡Cuán felices son! No porque estén á la sombra y descansen; sino porque no llevan sobre el alma el terrible peso del tedio y del desencanto.»

Contestación: — «Comprendo: todo lo comprendo: las madres lo comprenden todo: valor, hijo mío.»

La división Cugia se halla en Parma, y sale para Ferrara.

«Parma, 10 de Julio.

»...¡Pobres soldados! ¡Benditos sean! Me parece que después de nuestra desventura les quiero más. Siempre lo mismo: siempre resignados; siempre bondadosos. En marcha, cuando comienzan á encogerse y cojear, les miro, les miro, y hasta me impaciento. A veces cuando me juegan alguna, hago para mis adentros un razonamiento largo y sutil, para convencerme de que es aquella ocasión de montar en cólera, y luego levantando la voz exclamo: — ¡Ea! ¡esto ha de concluir! ¡Así no se adelanta! ¡Acabaríais con la paciencia de un santo! ¡Pronto!...— ¡Impostor! — me dice una voz interior, — tú no estás incomodado. — Es verdad, — contesto sonriendo, y me callo. Después hago el propósito de no quererles, ó por lo menos de disimularlo, porque sino, adiós disciplina. — Veremos, — digo, — veremos si son capaces de ablandarme este corazón de piedra. — Y echo á andar denodadamente, con un semblante capaz de meter miedo, convencido del triunfo. De pronto uno: — Mi teniente, ¿me da usted el capote? — Y yo destemplado: — No. — ¿Está usted cansado? — No. — ¡Sí! — ¡Me gusta! ¿Conque he de estar cansado siempre que á tí te lo parezca? A tu puesto. — Aparece otro con la bota: — Mi teniente: está fresca. — No quiero. — Pruébela usted. — No la pruebo. — Una gota, verá usted qué bien le sabe. — Ni una gota. — Y entretanto él me pone la bota al alcance de los labios. — Le aseguro á usted que está fresca. — Sé beber solo. — Tomo la bota, me humedezco los labios y se la devuelvo. — Mi teniente. — ¿Qué hay? — ¿No ha bebido usted? — ¿Cómo que no he bebido? — Si está llena, — y mueve la bota. — ¿Querrás convencerme de que estoy cansado y cargado y que no puedo contenerme? Al puesto

en seguida, ó te mando á la prevención por quince días... ¿Dónde estamos? — ¡Impostor! — me repite la misma voz. — Es verdad, respondo de nuevo, y me callo. — ¡El señor teniente está hoy de mal humor! — dicen los soldados. — No, no, — respondo yo para mis adentros, — hato de bribones.

Contestación:— «Lo digo frecuentemente hablando con tu hermana Herminia. Alberto no ha variado un ápice: lo mismo es que cuando era niño. No quiero atribuirme el mérito; pero...»

La división ha salido de Ferrara, y se dirige á Padua.

«Monselice... Julio.

»Triste cosa marchar con la lluvia á cuestras. Había cerrado ya la noche, y nos hallábamos á cuatro millas de distancia de Rovigo, cuando empezó á llover á mares. Al cabo de pocos minutos me hallé calado de pies á cabeza como si me hubiese echado vestido en un baño. El agua se me deslizaba á chorros por el pecho y la espalda: el capote completamente empapado pesaba hasta un punto que no podía con su peso: en el camino un palmo de fango; por consiguiente, figúrate cómo estábamos. Veíamos al pasar, al través de las ventanas de las casas de los campesinos, «rara brillar la nocturna lámpara,» y una sombra que se asomaba un instante y desaparecía. Y pensaba en tí, y me acordaba de que cuando era pequeñuelo, por la noche, empujabas mi camita hasta ponerla cerca de la ventana, porque me gustaba oír la lluvia azotando los cristales y el prolongado y lastimero silbar del viento, y dormirme fantaseando pavorosas aventuras de caminantes extraviados por los bosques, y misteriosas lucecillas brillando á lo lejos, y hospitalarios castillos encantados. — ¡Pobre hijo mío, cómo viene! — decías tú, juntando las manos, cuando volvía de la escuela un tanto húmedo el vestido. ¡Qué dirías si me

vieras ahora!—Era el día de las desgracias. Llegamos cerca de Rovigo; establecimos el campamento en un pantano, y en seguida nos fuimos al pueblo. Un amigo y yo pudimos dar con un cuartejo donde secarnos y descansar en casa de una honrada familia; nos acostamos, dormimos perfectamente, y nos levantamos á las nueve para volver al campamento y continuar la marcha... ¡Eterno Dios! No puedo calzarme los borcegués, dejélos al acostarme cerca del fuego para que se secaran, y se han resecado y encogido en términos de que no puede entrar en ellos el pie de un muchacho. — ¡Amigo mío, ayúdame por compasión! — ¡A ello! — dice mi compañero, se arremanga poniéndonos ambos á la obra, tira, y tira, y tira, y cobramos nuevo aliento y fuerzas nuevas, y vuelta á la tarea, y tira de aquí y empuja de allá con toda la fuerza que da la desesperación... ¡Todo en vano! Las piernas atormentadas se relajan; los brazos agotadas las fuerzas caen desmayados, y la cabeza echada atrás, y los ojos saliéndose de las órbitas, y la frente bañada en sudor... Todo inútil. — Un remedio extremo, — observa el amigo; — descosamos las botas. — Descosámolos. — Manos á las tijeras y al cortaplumas, y á la tarea. Pero no se ven los puntos y cuanto más nos afanamos menos hacemos, y los dedos vacilan temblorosos y las botas nos escapan de las manos, y mi amigo se ha cortado, y yo también, y el tiempo pasa... ¡Ah, los tambores! ¡Estamos perdidos! El regimiento marchó, y sólo pudimos alcanzarlo, y esto que tomamos un carruaje, una hora después de haber acampado. — ¿Qué ha sido esto? — me preguntaron los amigos. Por toda contestación les enseñé los pies; los había encerrado en el primer par de lanchas que pudo proporcionarme un zapatero de Rovigo que hicimos llamar: eran portentosas. Al cabo de un minuto una orden de arresto para mí y mi compañero. En cuanto penetré en la tienda, arrojé con rabia los borcegués causadores de tanto daño, diciendo:— ¡Asesinos! — Pero usted que no tenía como razón el impedimento del

calzado,—preguntó después el coronel á mi compañero,—¿por qué no ha comparecido?—Mi coronel,—contestó aquél cuadrándose,—jamás he abandonado á mis amigos en las desgracias.»

Contestación:—«¡Cuántas veces te he predicado, desde que eras niño, respecto de la maldecida costumbre de llevar el calzado estrecho! ¡Qué habrá dicho de tí el coronel! ¿Pero no había en aquella casa de Rovigo una mujer siquiera que tuviese la cabeza en su sitio, para disponer las cosas de manera que salieras de la comprometida situación en que te hallabas? ¡Parece imposible! ¡Qué cabezas las vuestras, qué cabezas!»

«En las cercanías de Mestre, 20 de Julio.

»...He visto Venecia de lejos. No creía que pudiese amarse tanto una ciudad hasta el extremo de que, con sólo verla, se experimentara el efecto que produce la vista de la mujer amada. Al contemplarla tan bella y gentil, que parece se está meciendo en medio del mar, no se me ocurrió siquiera, como parece natural, prorrumpir en un «viva,» ó decir siquiera «¡qué hermosa!» no; la única palabra que se me vino á los labios fué más afectuosa y más dulce, y exclamé:—¡Amor mío!—Dice uno de mis amigos que Venecia, vista de este modo, de noche y de lejos, le produce el efecto de una jovencuela pálida y melancólica, apoyada en el antepecho, con la cabeza en la palma de la mano y la mirada clavada en el horizonte en actitud de pensar y esperar. Y en cuanto la pudo distinguir, gritó:—¡Te amo!—Realmente este es el efecto que produce Venecia vista de lejos: vista interiormente será grandiosa y magnífica é impondrá: vista desde aquí entornece y enamora. Madre querida: tienes una rival formidable...

»...Bonísimas gentes estos campesinos venecianos. Me hallaba de servicio en la gran guardia cerca de una casuca: tenía sueño, y llamé para que pudiera guarecerme: advierte

que eran las dos de la mañana. Abrió la puerta una mujer; me hace entrar en el primer aposento, me trae un jergón, un colchón, una colcha, una almohada; me da las buenas noches y se larga. Me acuesto y duermo como un príncipe. Al amanecer, en cuanto me despierto, me asomo al otro aposento, para dar las gracias á la buena mujer, y la veo que duerme echada en el suelo sobre un montón de paja, con dos pequeñuelos, uno entre los brazos y otro al lado, sin una mala sábana, sin un cabezal, sin un pedazo de colcha: me había cedido cuanto tenía. Sentí remordimiento, ira y vergüenza: tachéme de desnaturalizado, de poltrón, de villano, de menguado... Jamás recordaré aquella noche sin pesar.»

Contestación (¡ah piadosísima despiadada!):—«Lo que es un poco de razón no te falta ciertamente; pero... considera que tú estabas cansado y debías madrugar, y que aquella mujer había dormido hasta entonces y podía volver á dormir. Sírvate de experiencia para otra vez.»

«En las cercanías de Mestre... Agosto.

»...Fíjate en lo que voy á referirte, que es de primera. Anteayer me hallaba de servicio en las avanzadas en la parte de Malghera. Habíame separado un centenar de pasos de la gran guardia, cuando ví acercarse tres señoras, de ellas una ya entrada en años, y las otras dos, hijas suyas, según supe luego, muy jovencitas, guapillas y vivarachas. Detuviéronse al hallarse cerca de mí, me saludaron, me preguntaron cómo estaba, y después me dijeron que habían salido escapadas de Venecia, que se habían dirigido á Mestre, que pretenden marchar á Padua donde tienen parientes, y que se tenían por muy dichosas viendo de cerca á un oficial italiano.—Hasta aquel momento no habían visto ninguno; cúpome á mí la suerte de ser el primero.—Colmáronme de atenciones riendo, contemplándome detenidamente, juntando las manos en ade-